



FUNDACIÓN
PARA EL DESARROLLO
DEL PENSAMIENTO ESPIRITUAL

SINTONÍA CON EL ESPÍRITU
Lectura para Meditar y Orar

LA EXPECTATIVA CREADORA

Existe una imaginación creadora que genera realidad a posteriori, una expectativa intencional en el bien siempre presente que produce resultados constantemente positivos, sanadores y salvadores. Digamos que a veces esta expectativa creadora se la ha asimilado a una *fe inmanente* y otras a la *fe trascendente* apoyada en la creencia de un Ser Superior. Para nosotros es una capacidad o categoría de la conciencia, como lo son el tiempo o el espacio. Esta capacidad imaginativa es una fuerza espiritual generadora de visiones renovadas. Es ver en un bloque de mármol una estatua. Es imaginar una nave espacial yendo por el universo. Es poseer la luz del entendimiento con la cual se sabe cómo y qué hay que hacer. “El individuo centrado en *El Ser Que Es*, no tiene dudas ni temores, no necesita tener fe, posee la experiencia directa de la perfección y la belleza que no puede ser tocada ni dañada pues es esencia pura del espíritu” (*Sintonías con el Espíritu*, 337). Este discernimiento creador lo posee un creyente como un ateo o un agnóstico, es innato, por ello es ínsito, está en el ser. A veces es canalizado a través de alguna religión, otras a través de alguna ideología. Reafirmándonos y desarrollando esta imaginación con expectativa creadora nos permitirá enfrentar situaciones difíciles con actitud de vencedores.

En ciertas ocasiones parece que vivimos en un mundo lleno de cinismo con guerras, secuestros, drogas, robos y asesinatos fruto de una mentalidad corrupta, muchas veces consentida y avalada por las mismas autoridades que deberían combatirlos generando escepticismo. Por el lado de los honestos la lucha diaria parece consistir en ganar dinero, fama, éxito, poder o tan solo sobrevivir sin ninguna otra guía moral que la de aventajar al

prójimo. Esta es la consecuencia de una falta de imaginación creadora positiva de posibilidades para todos. Mantener nuestra conciencia enfocada en la visión del destino al que se pretende llegar, el objetivo a alcanzar o la obra que se pretende realizar es lo que permite concretarlo.

La mayoría de la gente trabaja todos los días, estudia, investiga, cura, crea, inventa, produce arte, educa, o sea: manifiesta esta imaginación, con la cual concreta, construye y mejora al mundo. La gran mayoría vive buscando la felicidad a través de una existencia digna que le permita desarrollarse en aquellas actividades en las que sus capacidades puedan manifestarse y sus afectos expandirse con plenitud. Para la mayoría de las personas la expectativa creadora genera una realidad sana y armoniosa para vivir en paz.

Lo bueno y natural, sin duda se manifestará. Pues espíritu hay en el ser que energiza la expectativa creadora, una llama interior, una *fe inmanente*, una seguridad en que para el hombre, como a la mujer, todo le es posible. Según la Biblia: "Es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven" (Versión Reina Valera). La diferencia entre la fe inmanente de la trascendente es que mientras la inmanente es innata, la trascendente proviene de creer en algo exterior a la persona, ambas son manifestaciones de la misma expectativa creadora.

Para las personas espirituales del mundo que nada saben de ciertos textos sagrados, la seguridad de que lo bueno se concretará se basa en una seguridad interior, una fuerza inmanente del ser que se manifiesta como expectativa generadora. En la práctica pocos distinguen entre la *fe trascendente* proveniente de un camino religioso prometiendo un más allá feliz y venturoso y, por otro lado, la *fe inmanente* en cada individuo, la fe natural que aflora en los instantes más dramáticos como la fuerza del ser que permite cruzar los tiempos ciegos, los invisibles momentos de lo desconocido. Veamos algunos casos de cómo se manifiesta esta confianza del ser.

Cuando el alerta del tsunami —originado por un terremoto de 9.0 grados— llegó a la isla de Oshima, Japón, el viernes 11 de marzo de 2011, todos los habitantes comenzaron a correr para las colinas, excepto Susumu Sugawara, un capitán de 64 años. Sugawara no ignoró la alerta, él simplemente tomó el camino inverso, hacía el puerto para salvar al

Sunflower, su barco de muchos años. Su visualización estaba en la utilidad que podía prestar el barco luego del tsunami. Él estaba decidido a dirigirlo a aguas profundas. Días más tarde confesó a un reportero de la CNN que él sabía que si no salvaba su barco, la isla de varios miles de personas estaría desolada y en problemas. Cuando dejó el puerto y pasó al lado de los otros barcos se disculpó y les dio su adiós al no poder salvarlos a todos.

Habiendo navegado por décadas, Sugawara había visto muchas olas grandes de hasta cinco metros de altura, pero esta vez fue más alta, ya que se registraron olas de hasta 40 metros o sea 125 ft. Él fue tímido en reconocer sus indescriptibles sentimientos. Contó que le habló a su bote: “Has estado conmigo durante 42 años. Si vivimos o morimos, vamos a estar juntos; entonces me lancé adelante a todo vapor”. Cuando la gran ola llegó, la enfrentó y contó: “Subí la ola como una montaña. Cuando pensé que había llegado a la cima, la ola se hizo aún más grande”. Ese fue el momento en que la cresta de la ola se abatió repetidamente sobre su barco. En esos instantes no sabía qué podía pasar, no había nada para mirar, pero siguió adelante. “Cerré mis ojos y me sentí mareado. Cuando los abrí, pude ver nuevamente el horizonte. Entonces supe que lo había logrado”. Luego vinieron otras tres o cuatro olas. Contó que no tuvo tiempo de sentir miedo. Tenía que estar enfocado en timonear el barco. Su expectativa era seguir adelante y salvar al barco para ser útil a la gente.

Cuando el mar estuvo en completa calma comprendió que había vencido al tsunami. Estuvo en el mar el resto del día bombeando agua de la sala de motores. Volvió de noche navegando entre restos de muebles, edificios, otros barcos y casas destruidas. Dado que la isla se encontraba en completa oscuridad utilizó la luz de los incendios a varios kilómetros de distancia para guiarlo. Las primeras dos semanas después del tsunami, su barco fue el único que pudo proveer una conexión con la isla principal y, a posteriori, continuó haciéndolo cobrando tan sólo el costo del combustible a aquellos que podían pagarlo. Ahora —por arriesgar su vida y su barco—, Sugawara es considerado un héroe. ¿Qué fue lo que hizo la diferencia entre su actitud y la de los demás? ¡Su expectativa creadora! No una fe trascendente o una fe religiosa en un paraíso distante, sino la fe natural e inmanente, esa llama viva en cada ser dando la energía para no sentir temor y estar concentrado en cómo seguir adelante.

Cuando el piloto del Airbus 320, Chesley B. “Sully” Sullenberger, a cargo del vuelo de US Airways 1549, de La Guardia, en Nueva York, a Charlotte, Carolina del Norte, se enfrentó al hecho de que por lo menos uno de los motores falló y estaba perdiendo altura, tuvo que guiar al avión a un lugar lo más seguro posible. Entonces tomó la atrevida decisión de aterrizar en las frías aguas del Río Hudson. Realizó un “aterrizaje” perfecto de acuerdo con los normas para emergencias, cerca de algunos barcos y lanchas. Su expectativa creadora fue que vendrían rápidamente a auxiliarlos. Luego de que los pasajeros y la tripulación salieron y esperaron sobre las alas para ser rescatados. Estando claro que el avión se hundiría, “Sully” Sullenberger se tomó su tiempo para verificar de punta a punta la nave. Lo hizo dos veces. Quería estar seguro de que todos los pasajeros y auxiliares estaban a salvo. Las embarcaciones efectivamente fueron a rescatarlos. ¡Eso es demostrar discernimiento iluminado en una expectativa creadora de una realidad a posteriori! No era una fe en que irían a un edén o el temor al infierno, sino una seguridad práctica de que todo saldría bien pues la vida es indestructible y vital.

Cuando Emmanuel Ofosu Yeboah de Koforidua, Ghana, aceptó pasar por la cirugía para amputar su pierna más corta y fuera reemplazada por una ortopédica y así poder correr, eso fue un acto de expectativa generadora, un acto de fe innata, una convicción productora de un futuro mejor. Nunca había corrido, excepto en bicicleta. La recuperación esperada era de un año, no obstante con su confianza en tres meses Emmanuel estaba entrenando. Pudo correr y participar en competencias. Él fue una inspiración para mucha gente —en un país donde los discapacitados eran condenados a mendigar— a superar la discapacidad y tener una nueva vida. Su expectativa creadora no solo le hizo vencer la limitación, también dio una enorme dosis de fe a otros.

Luego que el terremoto y el tsunami dañaron seriamente la central atómica de Fukushima, autoridades desesperadas, que no sabían qué hacer, realizaron una llamada a las 11 de la noche, a un grupo especializado de bomberos de las afueras de Tokio. Éstos, al llegar se dieron cuenta que la situación era peor de lo que podían imaginar, era oscuro como boca de lobo y contaban sólo con la luz de sus cascos. Debían intentar enfriar el reactor número tres con agua de mar. Tuvieron que hacerlo entre los

escombros llevando la manguera a mano y corriendo por un kilómetro, dándose ánimo. Cuando comenzó a salir agua aullaron de alegría. Trabajaron 26 horas seguidas sin el equipo y protección adecuada. A su vez los operarios de la planta decidieron continuar trabajando en el reactor en turnos de 50, con el conocimiento de los riesgos, incluso de una posible muerte por radiación o explosiones. Los trajes aislantes con plomo eran para los especialistas que están siempre adentro. No había trajes aislantes para todos. Trabajaron bajo gran presión, en silencio con abnegación y sacrificio, pero también con esperanza. Algunos de ellos ya habían recibido una radiación miles de veces superior a lo normal, pese a ello decidieron continuar la tarea. Incluso cuando los familiares les rogaron no regresar, pues consideraban que era una misión suicida, ellos aceptaron el desafío como una acción necesaria. Sabían que si fallaban la radiación que se liberaría, podría ser —para humanos, animales y plantas— catastrófica. Mientras algunos familiares esperaban, entre lágrimas, el regreso a sus hogares, otros los alabaron como héroes. Un electricista, Akira Tamura, confesó que estaban angustiados, lo que más deseaban era ver a sus familiares, no obstante su expectativa era que evitarían el desastre. Cansados, sin comida y aguantando una crítica severa, continuaron con su trabajo. La llama de la vida les hizo seguir avanzando visualizando que podían cumplir con su misión exitosamente.

Enfrentar la muerte con sobriedad es el caso de Abigail Ireland. Lo recuerdo bien. Fue la primera vez que veía a una persona conocida hacer la transición a otro estado de conciencia sin alboroto y con toda calma. Siendo veinteañera le diagnosticaron un tumor cerebral, en su época, imposible de operar. La familia estaba desesperada, aunque a ella se lo ocultaron. Sus hermanas buscaron alternativas posibles, incluso algo que, años atrás, visitando Inglaterra, consideraron sin mucho sentido: una cura sin remedios: la cura espiritual. Ahora nuevamente buscaron ese sistema en Argentina: la Christian Science, basada en un método similar al utilizado por Jesús y los profetas. Luego de un año se curó y volvió a su trabajo. Con el tiempo ella y sus hermanas adoptaron ese sistema de curación. Después de más de cuarenta años, en sus setenta, ya retirada, cayó en cama nuevamente y no deseaba levantarse. Sus hermanas, considerando que estaba enferma, le dijeron que orarían para que se curase. Ella les reprendió,

diciéndoles: “¿No se dan cuenta que me estoy yendo en paz? Por favor ¡déjenme irme en paz!” Ella estaba haciendo su transición en forma consciente. Esa expectativa de trascender la muerte fue un hermoso acto de visualización que aunó ambos tipos de fe: la *fe inmanente* y la *fe trascendente* pues creía en la Vida eterna.

Como vimos la expectativa creadora sea basada en una *fe inmanente* o en una *trascendente* permite superar grandes desafíos. Cada uno debe hacer su propio desarrollo, pues en algún momento tendrá que utilizarla. De esa forma en vez de caer en la desesperación y arrojarse al vacío, como lo hicieron desde las torres gemelas, en Nueva York, se puede seguir el ejemplo de los músicos del Titanic — que mientras se hundía—, decidieron continuar tocando. Recuerdo algún relato de sobrevivientes, que incluso bajo el agua siguieron visualizando su existencia en el Espíritu, y como seres espirituales ellos sobrevivieron. Su expectativa nunca fue derrotada. Esa llama de inmortalidad está en cada ser y depende de nosotros re-encenderla y mantenerla viva incluso para pasar a través de la muerte consciente y en calma.

.....

La esperanza abstracta no existe; la concreta, substancial e invisible debemos fundarla todos los días. Practicar visualizaciones antes de salir de casa de movernos en armonía, alegría y seguridad puede ser un buen ejercicio.

©Pedro Grieco